

le dió la vuelta corriendo, y al mismo paso volvió al cobertizo. No bien hubo llegado, lanzó un grito de triunfo mirando el reloj colgado del poste. “¡He ganado!”—dijo; y se dejó caer con alegría conmovedora en el fatal escabel. Todos le rodearon, y en todos los rostros pudo leer Rouletabille la más ardiente curiosidad. Todavía anhelante por la desordenada carrera, pidió decir reservadamente dos palabras al jefe del Comité secreto.

Entonces el que había pronunciado el fallo y que tenía la dulce figura de Jesús se le acercó, y entre ambos jóvenes hubo un breve cambio de palabras. Los demás se habían apartado, y de lejos, siempre en medio del más solemne silencio, asistieron a aquel misterioso coloquio, que ciertamente decidía de la suerte de Rouletabille.

—Señores—dijo el jefe,—el joven francés va a recobrar la libertad. Le concedemos veinticuatro horas para que libre a Natacha Feodorovna. Si pasadas esas veinticuatro horas no ha triunfado, *volverá a constituirse nuestro prisionero dondequiera que se halle.*

Un murmullo de beneplácito acogió estas palabras. Supuesto que el jefe hablaba así, no podía ponerse en duda la salvación de Natacha. El jefe añadió:

—Como, según me dice el joven francés, la liberación de Natacha debe ir seguida de la de nuestro compañero Mataiew, decidimos que si ambas condiciones se cumplen, M. José Rouletabille podrá volver con toda seguridad a Francia, de donde nunca debió salir.

Sólo dos o tres dijeron:—¡Este niño se burla de nosotros! ¡No es posible lo que promete! Pero el jefe declaró:

—¡Dejad hacer a ese niño, que realizará milagros!

DE buena me he librado!—exclamaba Rouletabille cuando en medio de la noche se halló en la esquina del canal Catalina y la Aptiekarski-pe-reoulok, a tiempo que el coche que le había conducido partía a toda velocidad hacia las grandes caballerizas.— ¡Qué país! ¡Qué país!

Y comió en la gran Morskaia, que estaba allí cerca, entró en el hotel como una tromba, sacó al intérprete de la cama, le pidió recado de escribir y su cuenta, y le preguntó a qué hora salía el tren para Tsarskoie-Selo. Y como el intérprete le dijera que no podía darle la cuenta a aquella hora, que no podía dejarle irse sin pasaporte, y que ya no había ningún tren para Tsarskoie-Selo, Rouletabille armó tal alboroto, que despertó a todo el mundo en el hotel. Temiendo un nuevo escándalo, los viajeros permanecieron encerrados en sus habitaciones. Pero el director bajó temblando para ver lo que ocurría. Cuando supo quién era el que volvía, quiso hacerle blanco de sus ironías; pero Rouletabille, que había visto representar *Miguel Strogoff*, le lanzó al rostro un ¡servicio del Czar! que inmediatamente le volvió dócil como un cordero. Preparó la cuenta del joven, y le dió su pasaporte, que la policía había llevado por la tarde. Rouletabille escribió rápidamente a Kuprian unas líneas que el director del ho-

tel se encargó de hacer llegar a sus manos sin pérdida de momento... y "bajo pena de muerte", aseguró el periodista, aunque no agregó que se trataba de la suya. Luego, habiendo comprobado en la guía que, en efecto, ya había salido el último tren para Tsarskoie-Selo, mandó que fueran por un coche, y subió a su cuarto para hacer la maleta.

Y él, ordinariamente tan meticuloso, tan ordenado en sus asuntos, lo amontonó todo a la diablo, ropa interior y trajes, a coces y puñetazos. Aquello le consolaba después de las emociones que acababa de sufrir. ¡Qué país!—repetía una y otra vez.—¡Qué país!

El coche estuvo dispuesto; dos de aquellos caballitos finlandeses cuyo valor conocía, uncidos a un menguado *isvó*, que a pesar de todo haría su oficio. La maleta, y algunos rublos a los criados.

—“¡*Spacibo, basine, spacibo!* (Gracias!) ¡Ah! Aquellos rublos, ¿cuándo los perdería de vista?”

El intérprete preguntó las señas que había de dar al *isvotchick*.

—¡Al palacio del Czar!

El intérprete vaciló: creyó que se trataba de una broma detestable, e hizo un gesto indefinido; pero los caballos finlandeses partieron.

—¡Vaya un apuro! ¡En Francia no tienen idea de estas cosas!—decía Rouletabille.

¡Francia! ¡Francia! ¡París! ¿Era cierto que volvería a verlos? ¡Y la querida *Dama negra!* Era preciso que a la primera ocasión le enviara un parte anunciándole su vuelta, antes de que recibiera los iconos y las cartas que le daban noticia de su muerte. ¡*Scari!* ¡*Scari!* ¡*Scari!* (¡Aprisa, aprisa!).

Y el *isvotchick* fustigaba a los caballos con infatigable energía, sobresaltando a los *dvornicks* que velaban en el

quicio de las puertas en la noche petersburguesa. ¡*Dirigi!* ¡*Dirigi!* (¡*Cuidado!* ¡*Cuidado!*)

Y el campo melancólico sumido en la negra noche, el inmenso campo... ¡Qué desoladora uniformidad! En el vasto espacio silencioso, el cochecillo se deslizaba con rapidez por el camino desierto entre las negras ramas de los cedros.

Rouletabille se levantó del asiento y miró.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Esto es triste como una ceremonia fúnebre!

Pequeños *isbas* helados, no más grandes que túmulos, jalonaban el camino, y en aquel mudo paisaje solamente daba una nota de vida el ruido de aquella rápida carrera y los resoplidos de las dos bestias fatigadas.

¡Crac! ¡Una lanza rota! “¡Qué país!” (Oyendo a Rouletabille, pudiera creerse que solo en Rusia los cocheros rompen lanzas.)

Hubo que hacer un arreglo difícil y sumario con algunas cuerdas, y emprender luego una marcha lenta y prudente después de la carrera desenfrenada. En vano trataba de razonar Rouletabille: “Siempre llegaré a tiempo por la mañana. No será cosa de despertar al Emperador en plena noche”. Su impaciencia se rebelaba contra la razón! “¡Qué país! ¡Qué país!”

Después de algunas insignificantes aventuras (una vez volcaron en un bache, y les costó grandes esfuerzos recobrar la maleta), llegaron a Tsarskoie-Selo a las siete menos cuarto.

¡Ah! ¡Qué amanecer más triste! Rouletabille recordaba el gozoso despertar de los campos en Francia. Allí le parecía que había algo más muerto que la muerte misma: aquella ciudad con sus calles por donde nadie pasaba: ni un alma, ni una sombra, con las ventanas de las

casas herméticamente cerradas y cegados los cristales con el relente matinal, más impenetrables a la vista que párpados cerrados. Detrás de ellas se imaginaba un mundo desconocido, mundo que no hablaba, ni lloraba, ni reía; mundo en el cual no resonaba ninguna cuerda viva. "¡Qué país! ¿Dónde está el palacio? No lo sé. He venido a él una vez; pero en el coche del Mariscal, y no reconozco estos lugares. No veo el gran palacio." El idiota del *isvot-chick* le conducía al gran palacio, para visitarle sin duda. ¿Es que Rouletabille tenía aspecto de turista? ¡*Dourak!*

—¡Al palacio del Czar te he dicho! ¡Al palacio del Czar! ¡*Batouchka!*

El cochero avivó a los caballos; hizo rodar el coche por todas las calles. "¡*Stoi!*" (¡Pára!), gritó Rouletabille, que vió una verja, un soldado con el fusil al hombro y la bayoneta calada; otro soldado con otra bayoneta; un parque rodeado de muros, y alrededor de los muros, más soldados.

—¡No es posible equivocarse: aquí debe de ser!—pensó Rouletabille.—¡No hay un solo prisionero por quien se hagan tantos gastos!

Y se acercó a la verja. ¡Ah! ¡Le ponen una bayoneta en las narices; le pinchan en la mejilla! ¡Alto allá! ¡Nada de bromas! José Rouletabille, del periódico *La Epoca*. ¡No confundamos! Un suboficial salió del cuerpo de guardia y se acercó. Evidentemente, la explicación iba a ser difícil. El joven creyó que si preguntaba por el Czar, le tomarían por un loco, lo cual complicaría las cosas. Preguntó, pues, por el gran Mariscal de la corte. Siempre le daban sus señas en Tsarskoie; pero el suboficial le hizo volver la cabeza mostrándole una figura que avanzaba. Estaba de suerte, porque era el Mariscal en persona. Sin duda un servicio excepcional le llevaba tan de mañana a la corte.

—¡Cómo! ¿Qué hacéis aquí?—le dijo el recién llegado.—¿Aún no habéis partido, señor Rouletabille?

—La cortesía ante todo, señor Mariscal. No he querido marcharme sin despedirme antes del Emperador. Supuesto que valís a verle, y ya que está levantado (vos mismo me habéis dicho que se levanta a las siete), ¿seréis tan amable que consintáis en decirle que quiero presentarle mis respetos antes de partir?

—Sin duda vuestro propósito es hablarle de Natacha Feodorovna. Bajo ningún pretexto...

—¡De ningún modo!—Decidle, Excelencia, que he venido para explicarle *el misterio de los edredones*.

—¡Ah! ¡Los edredones! ¿Sabéis algo?

—Lo sé todo.

El gran Mariscal comprendió que el joven no se chaceaba. Le rogó que esperase unos instantes, y se alejó en el parque.

Un cuarto de hora después José Rouletabille, del periódico *La Epoca*, era introducido en el gabinetito que ya conocía por haber celebrado en él su primera entrevista con Su Majestad. Había allí una mesa de trabajo de las más sencillas, algunas figuras pintadas en la pared, el retrato de la Czarina y de los niños imperiales en la mesa, y cigarrillos de Oriente en pequeñas tabaqueras de oro. Rouletabille no estaba de todo punto tranquilo, porque el gran Mariscal le había dicho:

—¡Tened cuidado! ¡Su Majestad está contra vos de un humor terrible!

Una puerta se abrió, y volvió a cerrarse. El Czar hizo al Mariscal un signo para que desapareciera. Después de haberse inclinado profundamente, Rouletabille se irguió, y miró al Emperador cara a cara.

Sin duda alguna, Su Majestad no estaba contento.

El semblante del Czar, de ordinario tan tranquilo, tan dulce y sonriente, tenía el aspecto más severo. Sus ojos brillaban con resplandor siniestro. El Emperador se sentó, y encendió un cigarrillo.

—Caballero—dijo,—no me desagrada veros antes de vuestra partida, porque eso me da ocasión para deciros que no estoy contento de vos. Si fuerais uno de mis súbditos, ya os hubiera hecho tomar el camino al otro lado de los Urales.

—Vengo de más lejos, sire.

—Caballero, os ruego que no me interrumpáis, y que no habléis mientras yo no os interrogué.

—¡Oh! ¡Perdón, sire, perdón!

—No me ha engañado el pretexto que habéis dado al Mariscal para llegar a mi presencia.

—No es un pretexto, sire.

—¿Otra vez?

—¡Perdón, sire, perdón!

—Tenía que deciros que habéis venido a mi reino para ayudarme contra mis enemigos, los cuales no han encontrado más seguro y criminal apoyo que el vuestro.

—¿De qué se me acusa, sire?

—Kuprian...

—¡Ah, ah!... ¡Perdón!...

—El jefe superior de policía se queja, con muchísima razón, de que os habéis interpuesto en todas sus empresas, y de que no habéis omitido ningún medio para hacerlas fracasar. En primer término, alejasteis a sus agentes, que, según parece, os estorbaban; luego, en el momento en que iba a tener la prueba de la abominable alianza de Natacha Feodorovna con los nihilistas que intentaban asesinar a su padre, a causa de vuestra intervención esa prueba se le ha escapado, hazaña de que os habéis envanecido,

caballero; de tal modo, que se os puede considerar como responsable de todos los atentados que han seguido después. Sin vos, Natacha no hubiera intentado envenenar a su padre; sin vos, no hubieran ido a buscar esos médicos que volaron la quinta de las Islas. Por último, no más tarde que ayer, cuando ese fiel servidor había preparado a los principales revolucionarios una emboscada de la cual era imposible que escapasen, habéis tenido la audacia de prevenirlos, y a vos han debido su salvación. Caballero, he aquí una serie de crímenes contra la seguridad del Estado que merecen el más duro castigo. ¡Cómo! Un día salisteis de aquí prometiéndome salvar al general Trebassof de todas las tramas homicidas que le acechaban en la sombra, ¡y hacéis el juego a los asesinos! ¡Vuestra conducta es tan miserable, como monstruosa la de Natacha Feodorovna!

Calló el Emperador y miró a Rouletabille, que no había bajado los ojos.

—¿Qué tenéis que responderme? ¡Hablad ahora!

—Tengo que responder a Vuestra Majestad que vengo a despedirme, porque mi tarea aquí ha terminado. Os había prometido la vida del general Trebassof, y os la traigo: en adelante no correrá ningún peligro. Tengo que responder también a Vuestra Majestad que no hay en el mundo una joven más amante de su padre, más abnegada, más sublime ni más inocente que Natacha Feodorovna.

—¡Tened cuidado, caballero! Os advierto que he estudiado ese asunto personalmente y muy de cerca. ¿Tenéis pruebas de todo lo que afirmáis?

—Las tengo, sire.

—Y yo la tengo de que Natacha es una miserable.

—¡No, sire!

Al oír este mentis, pronunciado con voz firme, el Empe-

rador se levantó mostrando en la frente el rubor de la cólera y de la majestad ultrajada. Sin embargo, después de este primer movimiento logró dominarse; abrió bruscamente un cajón, sacó de él unos papeles, y los arrojó sobre la mesa.

—¡Hela aquí!—dijo.

Rouletabille se inclinó sobre aquellos papeles.

—No sabéis leer ruso, caballero, y será preciso que os los traduzca. Sabed, pues, que se trata de una misteriosa correspondencia entre Natacha Feodorovna y el Comité central revolucionario, de cuya lectura resulta que la hija del general Trebassof está perfectamente de acuerdo con los verdugos de su padre para la ejecución de su abominable proyecto.

—¿La muerte del General?

—Exactamente.

—Yo afirmo a Vuestra Majestad que eso es imposible.

—¡Ah, testarudo! Voy a leerlos...

—Es inútil, sire; es imposible. Puede ser que se trate de un proyecto; pero me asombra que esos señores hayan sido bastante imprudentes para escribir con todas sus letras que contaban con Natacha para envenenar al General.

—En efecto; eso no está escrito, y comprenderéis que no podía ser. Pero no por eso resulta menos claramente demostrado que Natacha Feodorovna estaba de acuerdo con los nihilistas.

—Eso es exacto, sire.

—¡Ah! ¿Confesáis?...

—No confieso; afirmo que Natacha estaba de acuerdo con los nihilistas...

—Que precipitaron sus abominables atentados contra el ex gobernador de Moscovia.

—Sire, si Natacha estaba de acuerdo con los nihilistas, no era para matar a su padre; era para salvarle. Y el proyecto cuyas pruebas tenéis aquí, pero cuya naturaleza ignoráis, consiste en hacer cesar esos atentados de que hablabais hace un momento.

—¿Qué decís?

—Digo la verdad, sire.

—¿Dónde están las pruebas? ¡Mostradme vuestros papeles!

—No los tengo; no tengo más que mi palabra.

—Eso no basta.

—Bastará cuando me hayáis oído.

—Os escucho.

—Sire, antes de descubrirnos el secreto de que depende la vida del general Trebassof, es preciso que me permitáis haceros algunas preguntas. ¿Estima en mucho Vuestra Majestad la vida del General?

—¿Qué significa?...

—¡Perdón! Desearía que Vuestra Majestad me respondiese sobre este punto.

—El General ha defendido mi trono, ha salvado al Imperio de uno de los mayores peligros que ha corrido jamás. Si quien me ha prestado tal servicio hubiera de pagarlo con la muerte, con el suplicio que los enemigos de mi pueblo le preparan en la sombra, nunca me consolaría de ello. ¡Hay ya demasiados mártires!

—Me habéis respondido, sire; y de tal modo, que debo comprender que no hay ningún sacrificio—ni siquiera un sacrificio de amor propio, el que más pudiera costar a una majestad,—ningún sacrificio que os pareciera bastante caro para *rescatar* de la muerte a uno de esos mártires de que habláis.

—¡Ah! ¿Esos señores me imponen condiciones? ¡Qué

generosos! ¿Necesitan dinero? ¿Y en cuánto estiman la cabeza del General?

—Sire, *eso no concierne a Vuestra Majestad*, y nunca hubiera venido yo a ofrecerles semejante trato. Eso sólo concierne a Natacha Feodorovna, que ha ofrecido toda su fortuna.

—¿Su fortuna? ¡Pero si no posee nada!

—*Lo poseerá todo a la muerte del General, y se compromete a dárselo al partido revolucionario si el General no muere violentamente.*

El Emperador se levantó presa de gran agitación.

—¡Al partido revolucionario!—dijo.—¿Qué decís? ¡La fortuna del General! ¡Entonces, *serían ricos!*

—Sire, os he descubierto todo el secreto: sólo vos debéis conocerlo y guardarlo para siempre. Tengo vuestra santa palabra de que cuando llegue la hora, *dejaréis que el precio vaya adonde le esperan.* Si el General tuviera alguna vez conocimiento de tal convenio, fácilmente se arreglaría para aularlo, maldeciría a su hija, que le ha salvado, y no tardaría en ser presa de sus enemigos y de los vuestros, de los cuales queréis librarle. He revelado el secreto, no al Emperador, sino al representante de Dios en la tierra rusa; me he confesado al sacerdote, que debe olvidar las palabras pronunciadas solamente delante de Dios. Dejad hacer a Natacha, sire; y su padre, vuestro servidor, cuya vida os es tan cara, se habrá salvado. *A la muerte natural del General, su fortuna irá a manos de su hija, que ha dispuesto de ella.*

Rouletabille se detuvo un momento para juzar del efecto que había producido. No fué muy bueno. La frente de su augusto interlocutor se ensombrecía cada vez más.

Prolongábase el silencio, y a la sazón era el repórter quien no se atrevía a romperlo. Esperaba...

Por fin el Emperador empezó a pasear de un lado a otro, muy pensativo. Un momento se detuvo en la ventana, e hizo un signo paternal al *czarevitch*, que jugaba en el parque con los Grandes Duques.

Luego se acercó a Rouletabille, a quien pellizcó amigablemente en una oreja.

—Pero, en fin, ¿cómo habéis sabido todo eso? ¿Y quién intentó envenenar al General y a su mujer en el kiosco, si no fué Natacha?

—¡Natacha es una santa! Haber vivido en medio del lujo, y consagrarse a la miseria, no es nada: lo sublime es guardar en el corazón el secreto de su sacrificio; y eso para todo el mundo, porque ese secreto es necesario, y *se lo exigen.* Lo sublime es haberlo guardado delante de un padre que ha podido creer en el deshonor de su hija, y callar cuando podía sincerarse con una sola palabra; lo sublime es habérselo ocultado a un prometido a quien ama, y a quien ha rechazado porque el matrimonio le está vedado a una doncella a quien se cree rica, y que será pobre; lo es sobre todo haberlo guardado, y seguir guardándolo, en el fondo de un calabozo, y estar dispuesta a emprender el camino de Siberia bajo la acusación de asesinato, porque esa ignominia es necesaria para la salvación de su padre. ¡Ya veis, sire, que eso es algo!

—Pero ¿cómo has podido penetrar ese secreto tan bien guardado?

—*Mirando sus ojos;* observándola cuando se creía sola; espiondo en su bello rostro los sentimientos de terror y las señales del amor; y sobre todo, mirándola cuando ella miraba a su padre. ¡Ah, sire! ¡Había momentos en que en su mística faz se leía el acerbo gozo de la abnegación y del martirio! Y oyéndola, relacionando frases sueltas, imprevisibles con la idea de la traición, pero que tenían claro

sentido pensando en la contrapartida; en el sacrificio. Porque todo consiste, sire, en examinar la contrapartida. Lo que yo veía no podía verlo ninguno de los que ya tenían formada su opinión sobre Natacha. ¿Y por qué tenían formada su opinión? *Porque la idea de relación con los nihilistas despertaba en ellos inmediatamente la idea de complicidad.* Para ellos era la misma cosa; no consideraban nunca más que un aspecto de la cuestión. Y, sin embargo, el problema tenía dos lados, como todos los problemas. El problema era éste: *la inteligencia es indudable.* Pero ¿para qué Natacha se entendía con los nihilistas? ¿Había de ser necesariamente para perder a su padre? ¿No podía ser, por el contrario, para tratar de salvarle? Cuando se conferencia con un enemigo, no siempre es para entrar en su juego; algunas veces es para desarmarle con un tratado de compensación. Entre las dos hipótesis, que yo era el único en examinar, no vacilé mucho tiempo, porque toda la actitud de Natacha proclamaba su inocencia: y dos ojos, sire, en los cuales se lee la pureza y el amor, prevalecerán siempre ante mí contra todas las apariencias pasajeras de la vergüenza y del crimen.

"Para mí, Natacha negociaba. ¿Qué podía dar por la vida de su padre? Nada más que la fortuna que podía tener un día.

"Algunas palabras relativas a la imposibilidad de un matrimonio inmediato, y a la pobreza que siempre puede llamar a las puertas de una casa, palabras que sorprendí entre Natacha y Boris Mourazof, el cual no las comprendía, me pusieron definitivamente en el camino recto, y no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que aquel asunto formidable estaba en camino de tratarse en la misma casa de los Trebassof. Perseguida fuera por el incesante espionaje de Kuprian, que se hubiera complacido sorpren-

diéndola con los nihilistas, y también por el espionaje amoroso de Boris, que estaba celoso de Miguel Nikolaievitch, Natacha tenía que acordar las condiciones posibles de un trato semejante por la noche y en su casa, único sitio donde, por la misma audacia de la empresa, podía tener alguna seguridad.

"Miguel Nikolaievitch conocía a Annouchka. Ciertamente, eso fué el punto de partida de las negociaciones que ese villano oficial, traidor a todos los partidos, manejó a su gusto para la realización de sus infames proyectos. No creo que Miguel confesara nunca a Natacha que desde el primer día había sido instrumento de los revolucionarios. Natacha, que deseaba entenderse con el partido de la revolución, debió de encargarle de una correspondencia para Annouchka, a consecuencia de lo cual tomó la dirección del asunto, engañando a los nihilistas, a quienes, en su penuria de dinero al día siguiente de la revolución, sedujo la proposición de la hija del general Trebassof, y engañando a Natacha, a quien fingía amar, y de quien se creía amado. En el punto a que habían llegado las cosas, Natacha comprendió que era preciso aprovechar a Miguel Nikolaievitch como intermediario indispensable, y le aprovechó, aunque Boris Mourazof concibió por ello celos sombríos. Por su parte, Miguel pudo pensar que Natacha sólo se casaría con él. *Pero no quería casarse con una muchacha pobre.* Y fatalmente ocurrió que en esta infernal intriga Natacha negociaba con la vida de su padre *por medio de un hombre que solapadamente trataba de eliminar al General,* porque antes de la conclusión del tratado la muerte inmediata del padre hacía rica a Natacha, que tantas esperanzas había dado a Miguel. Esta espantosa tragedia, sire, cuyas horas más terribles he vivido, con el pensamiento de la inocencia de Natacha me

pareció tan sencilla como a otros les había parecido complicada. Natacha creía tener en Miguel Nikolaievitch un hombre que trabajaba para ella, *siendo así que trabajaba para él*. El día que me convencí de ello, sire, examinado el escaló del balcón, tuve el pensamiento de prevenir a Natacha, de ir a su encuentro para decirle: “¡Deshaceos de ese hombre, que os pierde! ¡Si necesitáis un comisionado, heme aquí!” Pero aquel día quiso el Destino que no pudiera avistarme con Natacha en Kristowsky, y dejé obrar al Destino, que había decretado la pérdida de aquel hombre. Miguel Nikolaievitch, que era un traidor, estaba muy metido en la “combinación”, y eliminado de ella, la hubiera hecho fracasar. *Por eso le he dejado desaparecer.*

“La mayor desgracia fué que entonces, haciéndome responsable de la muerte de un hombre en cuya inocencia creía, Natacha no quiso volver a verme en seguida, y cuando consintió en ello, rehusó entrar conmigo en inteligencia al proponerle reemplazar a Miguel cerca de los revolucionarios. Me tapó la boca para que no saliera de ella su secreto. Durante este tiempo los nihilistas se creyeron traicionados por Natacha al saber la muerte de Miguel, y quisieron vengarle. Al efecto se apoderaron de la joven, y la embarcaron a la fuerza. La desgraciada niña supo a bordo aquella misma noche el atentado que había destruído su casa, y que, por fortuna, respetó la vida de su padre. Al fin pudo entenderse definitivamente con el partido revolucionario. *El negocio debía hacerse.* Para convencerme de ello no necesité más pruebas que su actitud en el momento de arrestarla, y su sublime silencio.

Mientras Rouletabille hablaba, el Emperador le dejaba decir, le dejaba decir sin interrumpirle; pero otra vez se habían oscurecido sus ojos.

—¿Es posible que Natacha no fuera EN TODO cómplice

de Miguel?—preguntó.—Ella es quien por la noche le abría la casa de su padre. Si no era su cómplice, debió haber desconfiado, vigilar...

—Sire, Miguel Nikolaievitch era muy hábil. ¡Sabía tan bien hacer valer ante Natacha su influencia con Annouchka, en quien la joven había puesto todas sus esperanzas! De Annouchka quería obtener la vida de su padre. La palabra y la firma de esa mujer era lo que exigía antes de dar las suyas. La noche que murió Miguel Nikolaievitch, el traidor estaba encargado de llevarle esa firma. Lo sé yo, que, simulando haberme embriagado, pude sorprender retazos de la conversación de Annouchka con un hombre cuyo nombre no puedo pronunciar. Sí; aquella noche, cuando Miguel Nikolaievitch penetró en la quinta, llevaba en el bolsillo esa firma; pero también llevaba el arma o el veneno con que ya había intentado y resuelto deshacerse del padre de la que ya consideraba su mujer.

—Habláis de un papel preciosísimo que lamento no poseer, caballero—dijo el Czar glacialmente,—porque ese papel me hubiera probado la inocencia de vuestra protegida.

—Si no lo tenéis, sire, bien sabéis que es porque yo no he querido. El cadáver había sido despojado por Catalina, la niña bohemia, y yo fui quien impidió a Kuprian apoderarse de esa firma. *Salvando el secreto aquella mañana, salvé la vida del general Trebassof, que hubiera preferido morir antes que aceptar semejante trato.*

El Czar atajó a Rouletabille en su entusiasmo.

—Todo eso sería muy hermoso, y acaso muy admirable—dijo con frialdad, porque había vuelto a ser enteramente dueño de sí mismo,—si Natacha, con su propia mano, no hubiera envenenado a su padre y a su madrastra, *siempre con arseniato de sosa.*

—¡Oh! El veneno permanecía en la casa—replicó Rouletabille:—no me lo dieron todo para el análisis después del primer atentado. Pero también de eso es inocente Natacha: ¡os lo juro! ¡Tan cierto, como que he estado a punto de que me ahorcasen!

—¿Cómo ha sido eso?

—¡Ah! ¡No ha faltado mucho, Majestad!

Y Rouletabille refirió la siniestra aventura *hasta el minuto de su muerte*; es decir, el minuto en que creyó que iba a morir.

El Emperador le oía con estupefacción creciente, y murmuraba: “¡Pobre joven!” Luego preguntó:

—Pero ¿cómo habéis podido escapar?

—Sire, me han concedido veinticuatro horas para que concedáis a Natacha la libertad; es decir, *que le devolváis sus derechos, todos sus derechos*, a fin de que continúe siendo la digna hija del general Trebassof. ¡Ya me comprendéis, sire!

—*Tal vez* os comprenda cuando me hayáis explicado cómo Natacha no ha envenenado a su padre y a su madrastra.

—Hay cosas tan sencillas, sire, que sólo se puede pensar en ellas con la cuerda al cuello. Pero razonemos. Nos hallamos ante cuatro personas, de las cuales dos son envenenadas, y las otras dos quedan indemnes. De ellas es seguro que el General no ha querido envenenarse, que su mujer no ha querido envenenar al General, y que yo no he querido envenenar a nadie. Siendo esto *absolutamente seguro*, no queda más envenenadora *que Natacha*. Esto es tan evidente, tan necesario, que en tales condiciones no hay más que un caso, uno solo, en que Natacha no pueda ser considerada como envenenadora.

—Confieso que lógicamente no lo encuentro—replicó

el Czar, cada vez más picada su curiosidad.—¿Cuál es ese caso?

—*Lógicamente, ese caso sería aquel en que nadie hubiera sido envenenado; es decir, en que nadie hubiera tomado veneno.*

—Pero la presencia del veneno es una cosa comprobada—exclamó el Czar.

—Pero cabalmente *la presencia de ese veneno no prueba más que su presencia, pero de ningún modo prueba el crimen*. Se ha encontrado en las dobles deyecciones del veneno y de la ipecacuana, y de ahí se ha deducido la existencia del crimen.

—¿Qué sería preciso para que no hubiera crimen? *Sencillemente, que el veneno hubiera llegado a las deyecciones después que la ipecacuana. No habría habido envenenamiento; pero se habría querido hacer creer en él, y para esto se habría vertido el veneno en las deyecciones.*

El Czar no apartaba los ojos de Rouletabille.

—¡Bah!—dijo.—Eso es extraordinario, aunque posible; pero, en todo caso, no pasa de ser una hipótesis.

—Aun cuando no fuera más que una hipótesis, en la cual nadie ha pensado, ya sería algo, sire; pero si yo estoy aquí, es porque tengo la prueba de que esa hipótesis corresponde a la realidad. Esa prueba necesaria de la inocencia de Natacha, Majestad, la he encontrado yo con la cuerda al cuello. ¡Ah! ¡Os juro que ya era tiempo! ¿Qué es lo que hasta entonces nos había impedido, no digo examinar, pero ni siquiera *pensar en esa hipótesis?* Que *creíamos* que el malestar del General había empezado *antes de tomar la ipecacuana, supuesto que Matrena Petrovna se vió en la precisión de ir a buscarla a su botiquín después de sobrevenir el daño, a fin de expulsar el veneno de que ella misma parecía ser víctima.*

"Pero si yo tengo la prueba de que Matrena Petrovna tenía ya la ipecacuana antes de los síntomas de intoxicación, mi hipótesis de la simulación de envenenamiento adquiriría una fuerza irresistible; porque si no fuera para servirse de ella antes, ¿para qué antes la llevaría consigo? Y SI NO FUE PARA OCULTAR QUE YA SE HABIA SERVIDO DE ELLA, ¿PARA QUE HABIA DE QUERER HACER CREER QUE FUE A BUSCARLA LUEGO?

"Por lo tanto, para probar la inocencia de Natacha no hace falta demostrar más que una cosa: que Matrena Petrovna tenía ya la ipecacuana en el bolsillo cuando fué a buscarla.

—¡ Señor Rouletabille, no respiro!—dijo el Czar.

—Respirad, sire: está hecha la prueba. Matrena Petrovna tenía necesariamente consigo la ipecacuana, ya que después de iniciarse los primeros síntomas *no tuvo tiempo de ir a buscarla*. ¿Comprenderéis, sire? Entre el momento en que salió del kiosco y el momento en que volvió a él, *no tuvo el tiempo material indispensable para ir a buscar la ipecacuana a su botiquín*.

—¿Cómo habéis podido medir ese tiempo?—preguntó el Emperador.

—Sire, Dios nuestro Señor quiso que tuviera ocasión de admirar el reloj de Feodoro Feodorovitch en el momento en que íbamos a beber, y las agujas marcaban *la hora menos dos minutos*. Dios nuestro Señor quiso también que después de la escena del veneno, cuando enloquecida volvía Matrena llevando públicamente la ipecacuana, *el reloj diese la hora en el bolsillo del General*.

"¡ Dos minutos! Era imposible que Matrena recorriese aquel trayecto en dos minutos. No había hecho más que entrar en la casa desierta, y salir inmediatamente. Ni siquiera se tomó el trabajo de subir al piso primero, donde,

como dijo y repitió ella misma, estaba la ipecacuana en su botiquín. ¡ Mentía! *Y si mentía, todo estaba explicado*.

"El sonido de un reloj, sire, una vibración y una sonoridad parecidas a las del reloj del General, es lo que en casa de los revolucionarios *despertó todos estos recuerdos en mi memoria, y me mostró en un segundo el argumento del tiempo*.

"Bajé de mi horca para hacer por mí mismo el experimento, Majestad. ¡ Ah! ¡ Nada ni nadie me hubiera impedido hacerlo antes de morir, probarme a mí mismo que Rouletabille siempre tenía razón! Había estudiado con bastante minuciosidad el terreno de la quinta para conocer *exactamente* las distancias. Hallé que en el patio donde iba a ser colgado había el mismo número de pasos que separaban el kiosco de las gradas de la galería; y como la escalera de los señores revolucionarios tenía menos peldaños, tuve que aumentar la carrera en algunos pasos dando la vuelta alrededor de una silla. Por último, me obligué a abrir y cerrar puertas que necesariamente tenía que abrir Matrena. Tenía un reloj delante de los ojos cuando eché a correr; cuando volví, sire, y miré el reloj, vi que había tardado *tres minutos* en hacer el recorrido; y no es por alabarme, pero soy algo más ágil que esa excelente Matrena.

"Matrena había mentido; Matrena *había simulado el envenenamiento del General*; fríamente, Matrena vertió la ipecacuana en el vaso del General mientras con unas cerrillas nos hacía una curiosa demostración sobre la naturaleza de la Constitución del Imperio.

—¡ Pero eso es abominable!—exclamó el Emperador, ya definitivamente convencido por el irrefutable argumento de Rouletabille.—¿ Y qué objeto tenía esa simulación?

—*Tenía por objeto evitar un crimen real*. El fin que

se proponía obtener, sire, era alejar para siempre a Natacha, a quien creía capaz de todo.

—¡Ah! ¡Es monstruoso! Feodoro Feodorovitch me había dicho muy a menudo que la Generala amaba sinceramente a Natacha.

—La amó muy sinceramente hasta el día que la creyó culpable. Matrena Petrovna quedó firmemente persuadida de la complicidad de Natacha en el envenenamiento del General intentado por Miguel Nikolaievitch. Yo presencié su estupor, su desesperación, cuando Feodoro Feodorovitch abrazó y besó a su hija después de aquella trágica noche. Le parecía absurdo. Entonces fué cuando resolvió en su pensamiento salvar a pesar suyo al General; pero estoy plenamente convencido de que si ha osado preparar semejante maquinación contra Natacha, *es porque ha creído tener una prueba definitiva de la infamia de su hijastra. Esos papeles que me habéis mostrado, sire, y que prueban simplemente relaciones de inteligencia entre Natacha y los revolucionarios, sólo podían estar en posesión de Miguel o de Natacha. Nada se ha encontrado en casa de Miguel Matrena los ha encontrado en el cuarto de Natacha, y desde entonces no vaciló más.*

—Si se le demuestra su crimen, ¿creéis que confesará?—preguntó el Emperador.

—Estoy tan seguro de ello, que la he hecho venir. A estas horas, Kuprian debe de estar en Palacio acompañado de Matrena.

—¡Pensáis en todo, caballero!

El Czar iba a tocar un timbre; pero Rouletabille le contuvo diciendo:

—¡Todavía no, sire! Os ruego que me permitáis no presenciar la confusión de esa buena y heroica dama, que me ha amado mucho. Pero antes, sire, ¿qué me prometéis?

El Emperador creyó haber oído o entendido mal, y se hizo repetir la pregunta. Rouletabille volvió a decir:

—¿Qué me prometéis? ¡No, sire, no estoy loco! Me atrevo a preguntároslo. Me he confiado a Vuestra Majestad, os he descubierto el secreto de Natacha. Pues bien; ahora, antes de las confesiones de Matrena, me atrevo a preguntaros: ¿olvidaréis ese secreto? No se trata solamente de devolver Natacha a su padre; se trata de dejar obrar a Natacha..., si es que realmente queréis salvar al general Trebassof. ¿Qué resolvéis, sire?

—¡Es la primera vez que me interrogan, caballero!

—Pues bien, será la última; pero humildemente suplico a Vuestra Majestad que me responda.

—¡Son muchos millones entregados a la revolución!

—¡Oh sire! ¡No los tiene todavía! El General tiene sesenta y cinco años; pero vivirá muchos años, si vos queréis.

—De aquí a que muera de su muerte natural, si vos queréis, estarán desarmados vuestros enemigos.

—¡Mis enemigos!—murmuró el Czar con sorda voz.—¡No, no! ¡Mis enemigos no se venderán nunca! ¿Quién podría desarmarlos?—añadió melancólicamente sacudiendo la cabeza.

Rouletabille respondió atrevidamente:

—¡El progreso, sire, si queréis!

El Czar se puso rojo, y consideró a aquel joven audaz, que ante la mirada de una majestad no bajaba la suya.

—Es gentil lo que decís, amigo mío; pero habláis como un niño.

—¡Como un hijo de Francia, al padre del pueblo ruso!

Dijo esto con voz tan profunda, y al mismo tiempo tan ingenuamente conmovida, que el Czar se estremeció. Miró

algún tiempo todavía en silencio al joven periodista, que esta vez desvió sus ojos húmedos, diciendo:

—¡El progreso y la piedad, sire!

—¡Vamos!—dijo el Emperador.—¡Lo prometo!

Rouletabille no pudo contener un movimiento de gozo muy poco protocolario.

—Ya podéis llamar, sire.

El Czar llamó.

El repórter pasó a un saloncillo donde esperaban el Mariscal, Kuprian y Matrena Petrovna, que estaba consternada.

Miró recelosamente a Rouletabille, que aquella mañana no fué tratado de “querido *domovoi-douk*”, y medio desfallecida se dejó conducir a presencia del Emperador.

—¿Qué pasa?—preguntó Kuprian, que también estaba muy agitado.

—Pasa, mi querido Sr. Kuprian, que he obtenido la gracia del Emperador por todos los crímenes con que me habéis cargado, y que antes de partir he querido estrecharos sin rencor la mano. Sr. Kuprian, el mismo Emperador os dirá que el General está salvado, y que en adelante su vida *nunca* correrá ningún peligro. Ya sabéis lo que eso quiere decir. Eso quiere decir que en el acto hay que devolver la libertad a nuestro Mataiew, a quien recordaréis que tomé bajo mi protección. Decidle que vaya a que le ahorquen en Francia. Yo le buscaré una colocación, con tal que olvide ciertos latigazos...

—Es cosa prometida y concertada conmigo, caballero—dijo Kuprian, bastante inquieto;—pero esperaré a que el Emperador me diga todas esas lindas cosas. ¿Y qué haremos de vuestra Natacha?

—También le devolveremos la libertad, caballero. *Mi* Natacha nunca ha sido el monstruo que os figuráis.

—Eso es hablar por hablar, porque necesariamente ha de haber algún culpable.

—Hay dos culpables. En primer término, el señor Mariscal...

—¡Cómo!—exclamó el Mariscal.

—El señor Mariscal, que cometió la imprudencia de llevar unas uvas muy peligrosas a la quinta de las Islas, y... y...

—Y el otro?—preguntó ansiosamente Kuprian.

—¡Oidla!—dijo Rouletabille con el brazo extendido en dirección del gabinete del Emperador.

En efecto; se percibían llantos y sollozos. El dolor y el arrepentimiento de Matrena Petrovna atravesaban los muros. Kuprian estaba desconcertado.

De pronto apareció el Emperador. Hallábase en un estado de exaltación en que nunca se le había visto. Kuprian retrocedió asustado.

—Caballero—le dijo el Czar,—he resuelto que en el término de dos horas esté aquí Natacha Feodorovna; y quiero que sea conducida con los honores correspondientes a su jerarquía. Natacha es inocente, caballero, y le debemos una reparación.

Luego añadió, volviéndose a Rouletabille:

—Quiero que sepa lo que os debe; *lo que os debemos*, mi querido amigo.

¡El Czar decía a Rouletabille “mi querido amigo”! Rouletabille se puso un dedo en la boca, y en el momento de partir dijo en ruso:

—¡Que no sepa nada, sire! Será lo mejor, *porque V. M. y yo debemos olvidar desde hoy todo lo que sabemos*.

—Tenéis razón—dijo el Czar pensativo.—Pero ¿qué puedo hacer por vos, hijo mío?

—¡Sire, una gracia! ¡No me hagáis perder el tren de las diez y cincuenta!

Y se arrojó a sus pies.

—¡Quedaos de rodillas, hijo mío! ¡Estáis bien así! El señor Mariscal os preparará hoy un diploma que tengo ansias de firmar. Entretanto, señor Mariscal, buscad en mi armario particular *una de mis corbatas de Santa Ana*.

Y así es como José Rouletabille, de *La Epoca*, fué nombrado *oficial de Santa Ana de Rusia* por el mismo Emperador, que le dió el espaldarazo.

—¡Todo es extraordinario en este país!—dijo para sí Rouletabille, tan emocionado, que se enjugó los ojos con la manga.



A la salida del tren de las diez y cincuenta había mucha gente en la estación de Tsarskoie-Selo. Entre todos los que habían ido de San Petersburgo a estrechar la mano del joven repórter, cuya marcha habían sabido, se notaba a Iván Petrovitch, el alegre consejero del Imperio, y a Atanasio Georgevitch, el jovial abogado bien conocido por su formidable tenedor. Habían ido, naturalmente, con todas las vendas y cataplasmas que les daban apariencias de gloriosos restos de Marte. Llevaban saludos de Feodoro Feodorovitch, que aún tenía un poco de fiebre, y de Tadeo Tchichnikof, el lituano, que tenía rotas ambas piernas.

Ya en el vagón, fué preciso tomar la última botella de champagne (primera marca). Cuando no quedó nada en la botella y hubieron abrazado al viajero, como no partía el tren, Atanasio Georgevitch hizo descorchar otra botella. Entonces fué cuando llegó el Mariscal, todo sofocado. Le invitaron, y aceptó. Pero tenía prisa por hablar

aparte a Rouletabille, y excusándose, llevó un instante al repórter al corredor.

—El Emperador es quien me envía—dijo con emoción el alto dignatario.—Me envía *a causa de los edredones*. ¡Habéis olvidado hablarle de los edredones!

—¡Niet!—contestó riendo Rouletabille.—¡Eso no es nada! ¡Nítchevó! Los edredones de S. M. debían de ser de algo más fino que ánade, como lo atestigua una de las plumas que me habéis enseñado. Pues bien; que los abran, y verán que ahora son del pato más vulgar, como lo prueba la segunda pluma. La vuelta de los edredones relleños de pluma de pato *antes de la noche* es prueba de que esperaban que la sustitución no fuera advertida. Eso es todo. ¡Caracho! ¡A vuestra salud! ¡Viva el Czar!

¡Caracho! ¡Caracho!

Ya silbaba la locomotora, cuando llegó corriendo una pareja; un hombre y una mujer: eran M. y Mme. Gounsovski, que sudaban y se fundían como el sebo.

Gounsovski subió al estribo y dijo:

—Mme. Gounsovski ha querido venir a estrecharos la mano. Le habéis sido muy simpático.

—Os saludo, señora.

—Decidme, joven: ¿por qué habéis cometido la torpeza de no ir ayer a almorzar a casa? De seguro os hubiera evitado *una desagradable caminata a Finlandia*.

—No me duele, caballero.

El tren se puso en marcha. Todos gritaron: ¡Viva Francia! ¡Viva Rusia! Atanasio Georgevitch lloraba; en una ventana de la estación, donde se había refugiado discretamente, Matrena Petrovna agitaba un pañuelo despidiendo al pequeño *domovoi-doukh*, que le había hecho salir los colores a la cara, y a quien no se atrevió a besar después de aquel terrible asunto del falso vene-

G A S T O N L E R O U X

no y de la terrible cólera del Czar. El repórter envió a la dama un gracioso beso. Como había dicho a Gounsovski, no lamentaba nada. El tren partió hacia la frontera. Al arrancar, Rouletabille se dejó caer en los cojines, lanzando un formidable — ¡Uf!...

FIN

í N D

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CARRANZA 113
MÉXICO

	<u>Páginas.</u>
I.—Alborozo y dinamita.....	7
II.—Natacha.....	27
III.—Vigilia.....	51
IV.—¡Ha muerto la juventud de Moscovia!...	65
V.—El General se pasea libremente por orden de Rouletabille.....	81
VI.—La mano misteriosa.....	113
VII.—Arseniato de sosa.....	131
VIII.—La capilla de los guardias.....	155
IX.—Annouchka.....	171
X.—Drama en la noche.....	209
XI.—Sigue el veneno.....	237
XII.—El padre Alejo.....	253
XIII.—Las bombas vivientes.....	267
XIV.—Los pantanos.....	293
XV.—“¡Os esperaba!”.....	313
XVI.—Ante el tribunal revolucionario.....	325
XVII.—La última corbata.....	333
XVIII.—Un experimento singular.....	343
XIX.—El Czar.....	347